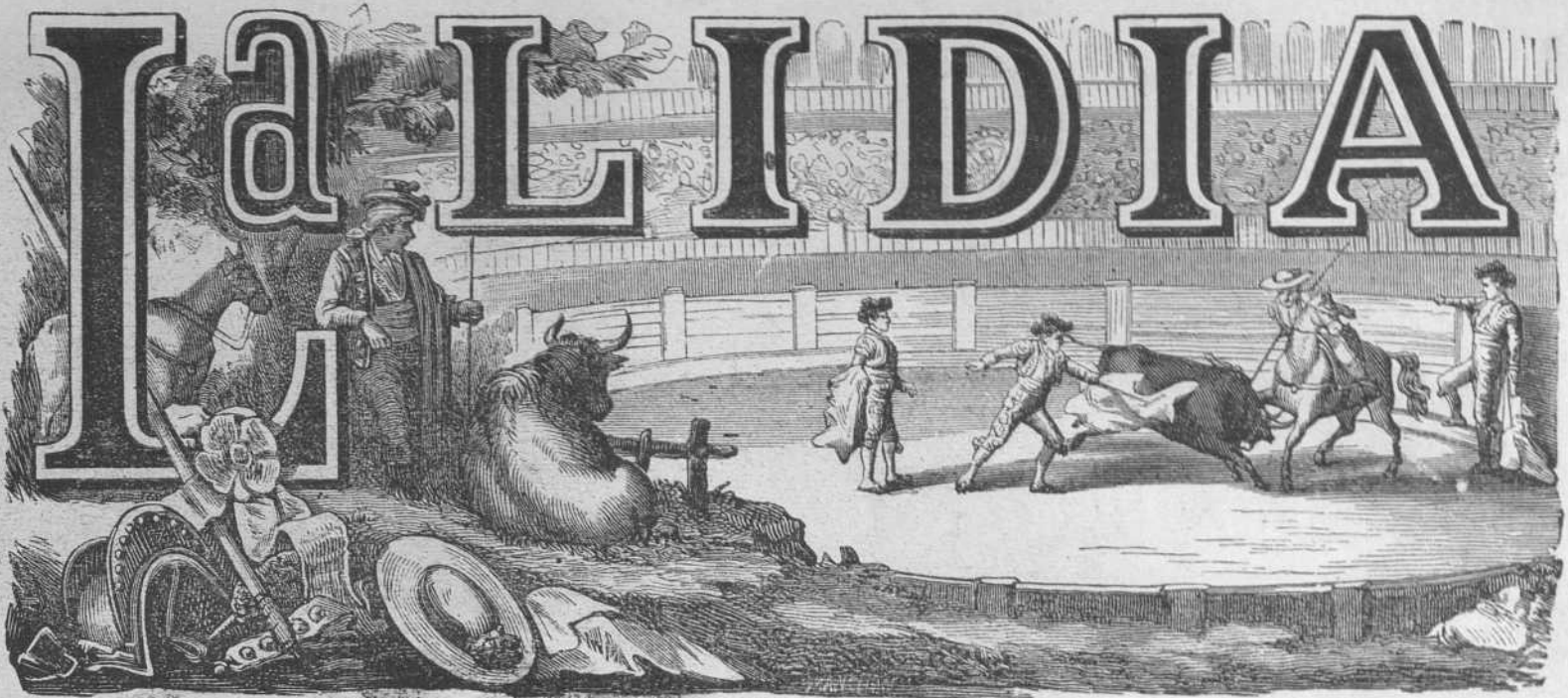


NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre. . . . Pesetas. 2,50  
No se admiten suscripciones á Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios,  
Pesetas. . . . . 2,25

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—LOS DIRECTORES DE PLAZAS.—UN QUITE, por Fiacro Yrayoz.—Bibliografía.—Revista de toros (décima tercera corrida de abono), por Don Parando Corto y Derecho.

NUESTRO DIBUJO.

Tenemos la seguridad de que nuestros lectores han de ver con agrado el artístico dibujo cromolitográfico que forma parte del presente número, y en el que los distinguidos artistas D. Daniel Perea, especialidad en este género, y D. Ubaldo Bordanova, han puesto una vez más de manifiesto sus relevantes dotes.

El retrato exactísimo del banderillero Antonio Pérez, *Ostión*, viene á formar parte de la excelente galería que LA LIDIA, á costa de muchos sacrificios, está publicando con éxito asombroso.

He aquí algunos detalles biográficos del aplaudido diestro. En sus primeros años le dedicaron al oficio de albanil, y siéndolo, quiso en Bilbao, donde residía con sus padres, rejonear un novillo embolado, en el año de 1866, y le costó uno de los más grandes revolcoes que pueden sufrirse. No desmayó por esto; antes al contrario, se aplicó á la lidia de toros, tomando parte, como banderillero, en las funciones que se celebraron en las Provincias Vascongadas, y llegando su atrevimiento á matar por primera vez en Orduña, donde fué herido, y después en Bermeo y en Orozco, en cuyos puntos también fué cogido y volteado.

Con mejor fortuna mató en novilladas de Santander, Vitoria y otros pueblos, hasta el año de 1873, en que ardiendo allí la guerra civil, y siendo Pérez decidido partidario de las ideas liberales, se alistó en un cuerpo de movilizados que dió grandes batidas á los carlistas, y al que perteneció hasta que concluyó la guerra. Entonces volvió á su profesión torera; trabajó como sobresaliente de espada en Bilbao, el 2 de Mayo de 1876, y en muchas más plazas, incluso Madrid, donde tiene gran partido; y cuando Valentín Martín tomó la alternativa de espada, dejando de pertenecer á la cuadrilla del célebre matador de toros, Salvador Sánchez, *Frascuella*, le reemplazó *Ostión*, que es el banderillero de más facultades que pisa el ruedo, mas bravo, y de los de mayor aceptación clavando pares, que son de castigo como los de nadie.

Es hijo de D. Eusebio Pérez y doña Mercedes Peciña, labradores, y nació en Laguardia, provincia de Alava, el 27 de Diciembre de 1847.

LOS DIRECTORES DE PLAZAS.

Cuantas personas asisten á las corridas de toros, especialmente si son de afición constante, lamentan el punible descuido que en la dirección de la plaza observan los jefes de cuadrillas actualmente. Unos

por indolencia, otros por meterse en todo, algunos por falta de autoridad, y muchos por sobre ignorancia, *dejan hacer* á los banderilleros y picadores, que en su mayoría desconocen sus obligaciones, y creen que con los toros pueden hacer cuanto quieran, según y como les plazca, á capricho y voluntad libres. No calculan los matadores el daño que tal conducta les causa; el perjuicio que los ganaderos sufren; ni el que experimenta el público, que en último resultado, es el que paga y se fastidia. Lejos de colocar un peón, ó colocarse ellos mismos (los espadas), al estribo izquierdo de los picadores, permiten y autorizan que los peones, al ser abierta la puerta del toril, se sitúen enfrente con los capotes extendidos y agitándolos, para que, acudiendo allí las reses, se evite el encuentro con los picadores, hasta que hayan dado dos ó tres vueltas en el ruedo en distintas direcciones, con viajes interrumpidos, destroncados por los recortes, y recelosos y descompuestos hasta más no poder.

No hay ganado que con tal lidia pueda tomar el número de varas que indudablemente tomaría—á pesar de las malas condiciones que hoy reúne;—y si á esto se añaden los puyazos en lo bajo, los garrochazos *zurcidos*, ó sea entre cuero y carne, y las picas rotas y clavadas, aunque sea en buen sitio, dígasenos, claramente, si es posible que haya toros, que siendo nobles de condición, no cambien ésta, desde luego, pasando en el primer tercio á la condición de recelosos. Podría tal vez mejorarse dicha condición en el segundo tercio, si los banderilleros supieran cumplir con su deber; pero sucede siempre lo contrario. En los tiempos del verdadero toreo, la pareja de banderilleros salía sola desde los tableros en busca de la fiera, y sin que ningún capote se la preparase, él se colocaba, si aquella no lo hacía, y clavaba los palos sin pasarse, si no muy rara vez. En todas partes había toro. Hoy, desde los tiempos del Gordito, que para hacer quiebros tenía necesidad de ello, al sonar el clarín, salen los banderilleros acompañados, nada menos que de un espada, á situarse en el centro del ruedo, y empiezan á correr á un lado y otro media docena de peones, arrojando capotes y recortando al toro, hasta que éste, rendido y cansado, se queda en los tercios, colocado á placer y hasta completamente cuadrado. Entonces le llama el banderillero, y si acude pronto, el torero huye; si se retrasa aquél, éste sale á buscarle, y no se ha dado el caso en ninguna corrida de que se hayan colocado los palos, sin previas salidas falsas; y sabido es que las salidas falsas desengañan á las reses y las hacen aprender más de lo conveniente. De aquí las *coladas* al pasarlos, los *extraños* y los *acostamientos* sobre un lado; de aquí los *acampanamientos* y las *humillaciones* insistentes; y de aquí los infinitos resabios que las reses adquieren y que tanto dificultan la lidia en su último tercio.

No es objeto de este artículo apreciar el mérito de los matadores en el trance supremo en que ejer-

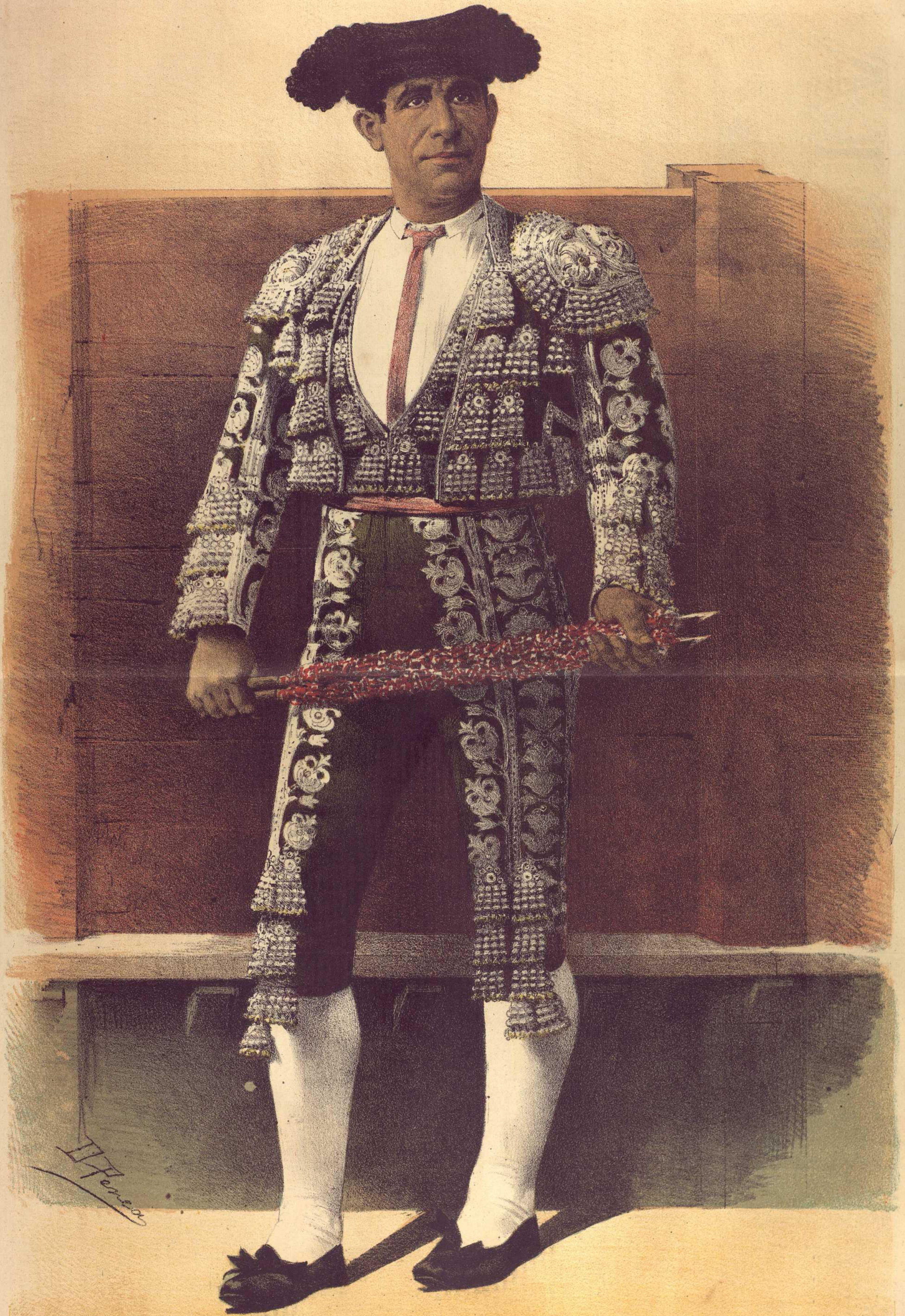
cen su profesión: es, como al principio va dicho, el de llamar su atención acerca de la imprescindible necesidad que hay de modificar pronto, pronto, pronto, la enmarañada lidia que se da á las reses, con tanto capotazo, tanta media verónica, tanto recorte y tantas idas y venidas que llenan de confusión el ruedo, y hacen que los toreros más parezcan mozos inespertos de *capear* en villorrio, que diestros contratados en la primer plaza del mundo. Preciso es que los matadores se convenzan de que faena tan mala como la que consienten, no puede acarrear otra cosa que el descrédito de las ganaderías y el suyo propio: que perdiendo los toros poder y adquiriendo resabios, la lidia se hace difícil; y que están obligados á hacer entender á los peones que su misión con los capotes consiste únicamente en obedecer las órdenes del jefe de las cuadrillas, sin soltar uno, ni por casualidad, cuando á ellos se les antoje—salvo en caso de acudir en socorro de un compañero.—El peón allí, no es más que un auxiliar sujeto á la voluntad de su matador en todo y por todo, concediéndosele tan solo que en la suerte de banderillas, vaya, entre y salga como su valor y conocimiento le dicten, pero proclutando siempre no hacer salidas falsas, que tanto enseñan al toro. El célebre Montés hizo retirarse á las tablas, y estar tras ellas toda una tarde, al inolvidable Chiclanero, por haberse pasado *una vez* sin clavar los rehiletes; y es que los toreros entonces atendían con igual cuidado á todas las suertes de la lidia, desde que se abrían las puertas del toril, hasta que se cerraban las del arrastradero. Eso de estar auxiliando y mareando á los toros, cuatro, seis y más capotes, particularmente á la hora de la muerte, no se conoció nunca, en Madrid al menos, hasta que toleró tal zaragata el renombrado Uchares, en la época de su decadencia, y no antes; y ¡cosa singular! hoy no intervienen eficazmente los peones en auxilio de los espadas, más que cuando éstos no tienen confianza en sí mismos.

Destierren, pues, los jefes de cuadrilla tan perjudicial corruptela, que nadie ha de ganar en esto más que ellos mismos, puesto que mas facil es matar un toro noble y boyante, que otro resabiado, querencioso y en defensa. Los toros de sentido—si no están corridos antes, como no deben estarlo—los hacen los toreros con sus abusos en la lidia. Evítense estos, y tal vez vuelvan á ser las corridas de toros lo que fueron á mediados del presente siglo; de lo contrario, el arte de torear está perdido.

UN QUITE.

Hay un maestro afamado, aunque alguno no lo crea, que es, según me han enterado, sumamente aficionado á los gallos de pelea,

LA LIDIA



*J. Palacios*

*Antonio Perez*

y tiene un gran gallinero provisto de los mejores, y los cuida con esmero, pues le dan mucho dinero siendo siempre vencedores.

Siga el cuento; pues señor, según también he sabido, creo que hubo un picador que era dueño del mejor gallo que se ha conocido;

y el espada que me callo le hizo en varias ocasiones muy buenas proposiciones para comprarle aquel gallo de tan raras condiciones.

El picador despreciaba las ofertas que le hacía, y tan obstinado estaba, que cuanto más le ofrecía, el hombre más se negaba.

Apurados los extremos, dijo aquel en desafío:

—¡Ya que no nos entendemos, el gallo al fin será mío!

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

Y el picador y el espada, haciendo en la cuestión punto, la dieron por terminada, sin hablar los dos ya nada, referente á tal asunto.

Llegó un día de función en que estaban de faena los diestros de la cuestión, y pisó un toro la arena, *acho*, negro y bravucón.

El picador castigando quiso poner una puya, y al embestir recargando la fiera, fueron rodando el ginete y la *aleuya*.

Situación tan apurada vió la gente horrorizada, creyendo al ginete muerto, cuando allí llegó el espada llevando el capote abierto.

El de tanda respiró y se dijo: —¡De esta escapó! pero el otro preguntó:

—¿Me das el gallo?

—¡No!

—¿No?

Pues entonces, te destapo.

—¡No, por Dios!

—El gallo quiero.

—No lo doy.

—Te echo la res.

¡No!

—¡Allá va!

—Bueno, tolero;

saca el toro, y tuyo es el gallo y el gallinero.

Y apenas hubo escuchado esta promesa formal aquel maestro afamado, largó á la res el percal, y la llevó al otro lado.

FIACRO YRÁYZOZ.

### BIBLIOGRAFÍA.

El distinguido escritor D. Adolfo Llanos, cuya vena humorística ha desplegado en su excelente «Biblioteca extravagante», acaba de publicar un preciso libro que titula *Tauromaquia femenina, ó arte de lidiar á los hombres*, escrito con la picaresca gracia y ática sal que sabe esparcir en todas sus producciones. Sin las que lleva ya publicadas, esta sola bastaría para acreditar como escritor castizo y de excepcional ingenio, al que ya tiene forrada su reputación literaria há mucho tiempo.

### TOROS EN MADRID.

13.<sup>a</sup> CORRIDA DE ABONO.—12 DE JULIO DE 1885.

Se fué Don Jerónimo, el muy entendido Director de LA LIDIA, y por su omnimoda voluntad y mientras dure su ausencia, legó la obligación de ocupar su puesto á mi *Don Parando Corto y Derecho*, que si bien no soy nuevo en apreciar lides taurinas, tengo el defecto, que conozco sin reparo, de ser muy intransigente con toros, toreros, y hasta con el público. Esto quiere decir, que no ganará

nadie en el cambio, pero tampoco perderá en continuar escuchando, como hasta ahora, la verdad imparcial para la fiel observancia del verdadero arte de torear, casi olvidado hoy, por desgracia.

Hecha esta necesaria advertencia, describiré la corrida de toros celebrada ayer en la coronada Villa y Corte, para luego apreciar, siquiera sea lacónicamente, los detalles de la misma.

Estaban preparados para ser corridos, seis toros de D. Diego y D. Pablo Benjumea, vecinos de Sevilla, que distinguen á sus reses por la divisa negra, antiguamente blanca y dorada.

Para estoquear los seis toros anunció el cartel á los aplaudidos Rafael Molina, Lagartijo, Salvador Sánchez, Frascuelo, y Fernando Gómez, el Gallo, y como picadores de tanda á Emilio Bartolesi y Cirilo Martín.

Dieron las cinco, y en cuanto el Presidente tomó asiento, sonaron los clarines, se hizo el despejo y presentaron en el ruedo las cuadrillas, marchando al frente los espadas, según es de ritual, el primero, con traje granate y oro; el segundo, verde y oro, y el tercero, con traje completamente negro.

Colocáronse los picadores en sus puestos, pero no los matadores, según mala costumbre, y se dió suelta al primer toro, llamado por los vaqueros *Malagueño*. Era el bicho retinto claro, grande, cornalón y salió parado; después de cinco capotazos tomó ocho varas de Cirilo, Bartolesi y de M. Calderón y se hizo tardo, á pesar de lo cual mató un caballo á Bartolesi y otro á Calderón.

Manene y el Mojino salieron á pelear y previos diez capotazos, para colocarse á manera moderna, el primero puso un buen par cuarteando, antes de que el toro parara, Mojino medio de igual modo, y otro medio Manene.

Lagartijo dió cinco naturales con la derecha, tres con la izquierda y tres cambiados, y se tiró de largo, cuarteando y con paso atrás; para media estocada alta sin meterse; dos naturales y un medio, pasando sin herir; otro natural, despegándose mucho para otra á volapié de lejos, que saltó al callejón; luego otros cuatro con la derecha y seis naturales, para media caída á paso de banderillas. Gran lio de capotes, y vuelta á pasar una vez con la derecha, y paso atrás y amago sin herir. Otros doce pases á derecha é izquierda, y tres medios pases para una baja de tranquila y atravesada.—Catorce minutos.

Segundo toro, *Psetero* de nombre, de más libras que el anterior, meano, algo gacho yestrelladito. Reparándose mucho antes de entrar á varas, tomó cuatro con poca voluntad de Bartolesi y Cirilo, volviendo la geta antes de la quinta que le puso Cirilo.

Pararon Ostión con un gran par de castigo; el Regaterillo con medio alto, y aquel con otro soberbio.

Frascuelo empezó pasando bien, pero con la derecha, y dió cuatro en redondo, otro medio, tres naturales, tres cambiados y uno de telón, y se tiró con decisión dando una en la cruz, arrancando, hasta mojarse los dedos, que también al toro patas arriba. (Ovación.)

*Sombrecera*, salió en tercer lugar. Era negro azabache, cornicorto y astiblanco. De menos cuerpo que los anteriores, y arrancando de largo, tomó nueve varas de Bartolesi y de Cirilo, dejando el primero en una despaletillado al animal, en cambio de las dos cabalgaduras.

Cambiada la suerte, Guerrita salió en falso dos veces y clavó un par medianito; Almendro tiró otro, ya pasada la suerte, y concluyó Guerra con otro al sesgo, aprovechando la querencia en un caballo.

El Gallo, con sólo tres naturales y dos cambiados, algo movidos, se arrancó por derecho para una gran estocada en las pэндolas. (Grandes aplausos.)

El cuarto decíanle *Rabiche*, y también era negro, meano, astiblanco y astillado del izquierdo. Salió con tendencias á la huida. Rafael le pasó de capa una vez, despegadito, y el toro, con poca gana, tomó dos varas de Manuel Calderón y de Cirilo, matádoles los jacos, y en la quinta cayó Cirilo sobre los lomos del toro, donde botó como una pelota. Todavía tomó otra vara con empuje, desmontando al Chuchi.

El Mojino clavó una banderilla de mal modo, Manene otro medio y otro entero, que se cayó, y Mojino uno regular.

Lagartijo sólo le pasó, sin recogerle, seis veces con la derecha, cinco naturales, uno cambiado y uno de telón, saliendo una vez acosado y perseguido, y dió una algo recta y profunda, arrancando de largo y sin paso atrás, después de cuatro pases con la derecha un volapié en las tablas, un poco delantero.

Sonaban los aplausos á Rafael cuando salió el quinto animalito, que era conocido en el campo por el nombre de *Palmetero*; corría mucho, desafiaba y gastaba capa negra, bragadura y buenas armas. Le pincharon malamente Cirilo y Bartolesi, escamando al bicho, que ya de por sí tenía poca voluntad. Pusieronle, tres varas el primero y cinco el segundo, perdiendo dos caballos Cirilo.

Se presentó Regaterillo á banderillar, y puso un par, que se cayó por estar en el agujero de la pica. Ostión clavó otro par, de tanto castigo, que el toro reculó, y Regaterillo remató con un buen par.

De mucho cuidado pasó á la muerte. Con cuidado le pasó Frascuelo seis veces con la derecha y otras seis al natural, metiéndose con una arrancando hasta el puño, que le envió al desolladero. (Palmas justas.)

El último era berrendo en negro, capirote y botinero. *Canastero* de nombre y soso de condición; acometió á los piqueros y dió á Cirilo algunos tumbos de órdago en cinco puyazos que recibió de aquél, y de Bartolesi el copulento, sin más detrimento que la pérdida de un jaco del primero.

Tocaron á banderillas; pedía el público que Rafael las pusiera, y Almendro colocó al cuarteo un par; Guerrita medio ídem, y aquél uno delantero.

Tomó los trastos el Gallo, y al tercer pase sufrió una colada, de que le salvó su serenidad; volvió á pasar, y pinchó saliéndose y entrando de largo; dió otro pinchazo lo mismo, y con dos pases más se preparó á la muerte, arrancándose bien y dando una magnífica estocada arrancando, que no necesitó puntilla.

\*\*

### JUICIO CRÍTICO.

Veamos lo bueno que hicieron los espadas.

Un buen quite de Lagartijo al picador Cirilo, si bien con el defecto de usar dos medias verónicas, y la entrada y salida al dar la primera estocada al cuarto toro, aunque tomándole largo.

Un gran quite de Salvador en la segunda vara de Bartolesi, al primer toro, con una buena larga, y otra mejor en el sexto á Cirilo. Una faena paradita al quinto toro, y más que todo, la parte aquella en que yéndose de espaldas á los medios, *fijó* la cabeza del toro, que desparramaba mucho la vista.

Otro quite del Gallo á Bartolesi en el segundo toro, con una buena larga, y la enmienda que en el acto de tirarse por última vez al último toro, hizo sobre la cabeza parando.

Y vamos á lo malo, que también lo hay.

La incertidumbre de Rafael con su primer toro, que se pasaba de noble, haciendo un extraño bochornoso; la *manita* que va adquiriendo de llamar y no despegar de las querencias á los toros para guarecerse con bultos, que debiera entender le perjudican desluciendo, aunque le libre de los hachazos, y despegarse, tanto en el lance de capa que intentó dar al cuarto bicho, que precisamente lo que requería, puesto que se najaba, era mucho percal en la cara.

Con estos precedentes *exactísimos*, fácil es apreciar el trabajo de los matadores, diciendo á Rafael que hace dudar en muchas ocasiones si esa fama, que tanto le ha ensalzado en Madrid, es de doble ó de diamantes americanos. Con un toro como el primero, que todo lo que traía era codicia—y sabido es que tal cualidad es la mejor para lucirse un torero—sólo se requiere pasar de cerca, empujando, y arrojarse en corto y recto, olvidando lo que nunca aprende un matador pundonoroso, que es herir á traición, sin arrimarse y temblando las pantorrillas. En cuanto al segundo que mató, debe decirse en su honor que al dar la estocada primera entró y salió bien, aunque algo de lejos; pero la suerte no le favoreció, sin duda porque el estoque tomó mala dirección, puesto que necesitó dar un volapié para rematar la fiera, del cual salió de mala manera. En cuanto á la faena, fue mediana. Si el toro no *quería*, ¿por qué él no quiso hacerlo? cuando los toros se van se les recoge con los vueltos de la muleta, y no se les da salida larga descubriéndose, y dando lugar á sufrir ácosones como el que le obligó á V. á salir por pies. Dirección de plaza, no hablemos; hace mucho tiempo que no parece.

Frascuelo.—Empezó bien la faena en su primer toro, extrañándonos mucho que la hiciese con la mano derecha, cuando no había necesidad; al cuarto pase empezó el baile, que siempre es malo, aunque le aplaudan los necios. Algo mejor toreó al segundo suyo, demostrando gran inteligencia al *fijarle* y al despedir la gente que siempre estorba.

¡Ojalá se acordaran los matadores del adagio que dice: «la mucha gente para el Rey es buena! Al arrancarse, felicísimo: en corto y por derecho y con gran valor, cualidad que nadie le niega, y eso que era muy expuesto colocar bien el estoque al segundo toro, porque precisamente en el sitio de la muerte tenía clavado más de una cuarta el pelo de una banderilla que el Ostión puso.

El Gallo.—Ha estado afortunado al concluir sus reses; un poco más cerca le hubiéramos querido al arrancar, y se habría evitado pinchar saliéndose dos veces, y *pasarse* otra vergonzosamente. Las salidas falsas enseñan mucho, y más con la muleta que con los palos, como que el que lleva éstos sale huyendo, y el espada no puede hacerlo si tiene vergüenza. Sereno al dar la última estocada, cuyo viaje enmendó rápidamente y con maestría, *viendo* llegar.

De los banderilleros, Manene y Ostión los mejores. Almendro y Guerrita los peores ¡quién lo dijera!

Los picadores.... debían dormir en el abanico, ó dejar el oficio.

Bien la Presidencia, pero tarda en mandar banderillas á algunos toros. Y hemos observado que siempre sucede eso con los de determinado diestro.

El público—es decir, el vulgo—como siempre, olvidándose de lo bueno y aplaudiendo lo que no lo merece. Pidiendo que ponga banderillas Rafael con lo cual le colocan á la altura de un hombre que gana 50 duros, y que mate Guerrita, como si supiera hacerlo y se hubiera ensayado en tres años de novilladas. Las pruebas de suficiencia no se hacen en corridas formales.

Los toros regulares, y nada más; de modo que califica la corrida de mediana

PARANDO CORTO Y DERECHO.

### BARAJA TAURINA.

Consta de 90 retratos bonitamente cromolitografiados, representando á otros tantos diestros antiguos y modernos, y de casi todas las suertes principales de la fiesta nacional.

Precio fijo: DOS pesetas.

A los suscritores de LA LIDIA en Madrid, 1 peseta 50 céntimos. Descuento á los señores correspondientes de Provincias. Esta Administración sólo responde de los paquetes que por orden de los correspondientes se remitan certificados.

Imprenta y Litografía de Julián Palacios, Arenal, 27, Madrid.